



La vitrina

ABRIL 2012

RÍO

Alberto Baraya

lugar a dudas

El Río en el río

Llevó ya algunos años viajando por ahí, coleccionando plantas de plástico de diferentes salones y casas de tías, de baños y cafeterías y de aeropuertos, inmerso en una expedición pseudo-botánica como la del sabio Mutis. Finalmente, a finales del año 2004 he podido viajar por el Amazonas recolectando más taxones pseudo-vegetales para mi herbario.

Wade Davis, el autor del libro de El Río (One River), después de innumerables viajes por la Amazonía en los años setenta, ha relatado las incansables expediciones que en los años cuarenta realizara el etno-botánico de Nueva Inglaterra Richard Evans Schultes. Este, a su vez, no hace otra cosa que seguir en su memoria la aventura de los diarios de exploración romántica del botánico inglés Richard Spruce, quien sólo adelanta pasos sugeridos en las pistas de exotismo del elegante viajero alemán Alexander von Humboldt, o de los españoles Ruiz y Pavón, o la del mismo José Celestino Mutis en selvas suramericanas. Una larga saga de exploradores y científicos botánicos, de encuentros y desencuentros, a la que ahora me encadenó con mi herbario de plantas artificiales. Me siento ahora explorador de tierras incógnitas en la búsqueda de exóticos taxones de rosas de seda y helechos de alambre y plástico para mi colección. Un extraño viaje por el río Putumayo, buscando las plantas “made in China” en cafetines de puerto, comedores, altares y entradas de casas, letrinas y cocinas como muestras fehacientes de la expansión infinita de esa extraña vegetación asiática artificial por los confines del mundo.

El barco de mi travesía está en el puerto. Ha venido desde Cartagena de Indias, donde algunos meses atrás ha sido construido con dineros del “plan Colombia”. Ha bordeando toda la costa atlántica de Venezuela, las Guayanas y el Brasil; ha entrado al río Amazonas. Yo navegaré en este barco como video documentalista. Mi labor será filmar las condiciones de navegabilidad del río, la vegetación de sus riveras, los animales, los habitantes y visitantes que se nos crucen. En los puertos realizaré algunas entrevistas, y seguiré, a modo de cronista, los diferentes acontecimientos del trayecto.

A la tarde del día 10 de octubre de 2004, el barco zarpa desde Leticia por el gran río Amazonas, rumbo a la desembocadura del Iça, que es así como llaman al río Putumayo en el Brasil. Tardamos un día en llegar a San Antonio de Iça. Aún suenan en cabeza de los marineros las sambas y los bailes brasileños que les han acompañado por largos y ensoñadores días. Ahora somos testigos del encuentro de aguas mansas. El barco gira pausadamente y desde ahora los motores rugen con más estrépito para empezar a remontar el cremoso río Iça.

Pronto llegamos al puerto de Tarapacá, puesto fronterizo colombiano, donde los bailes se acallan, y el atardecer del paisaje ya no canta. Allí, según cuenta Davis, el mismísimo mayor Gustavo Rojas Pinilla recibió al extenuado y palúdico explorador Schultes con unas agotadoras sesiones de ajedrez. Ahora hemos atracado en el puerto y somos conducidos por mi cabo, a través de un intrincado laberinto de alambradas y sacos de arena. Cruzamos una puerta con púas, y luego otra puerta con más púas. Nos adentramos en un pasaje de trincheras, pasamos al lado de un lavadero de ropa rodeado de paredes de arena, saludamos a un soldado intendente que por su flacura y húmedo uniforme, recuerda el pavor con que años atrás en medio de tenaz balacera sucediera el hostigamiento del puesto por una columna guerrillera. Cruzamos un puente de palos, recorreremos más profundas trincheras.

Dejamos a un lado el “Gym” donde los hombres entrenan sus húmedos cuerpos en este selvático puesto fronterizo. Finalmente, en una pequeña loma que domina el puerto, el capitán Martínez, recibe con galletas y gaseosa a la comitiva de marineros que hemos llegado hasta allí. La sesión de mosquitos es iluminada por las historias del Yagé, que relata mi capitán, sucedidas a cientos y cientos de kilómetros de allí, “cuando yo estaba de licencia en Bogotá, no, aquí nunca; esta tierra es inhóspita, y uno no sabe cuando uno es engañado y un falso chaman te nublaría para entregarte borracho al enemigo...”

Durante los días de estancia a bordo del barco, pasan por mi cabeza como referencias fantásticas, todas las películas de navíos de la segunda guerra, las de submarinos militares y las de batallas espaciales bajo el mando del Capitán Kowalsky. Los anuncios por megafonía en el más incisivo lenguaje ordenador, y treinta marineros bajo estricta jerarquía militar de infantes, cabos, sargentos, y tenientes hacen que mi imaginación vuele y me sienta protagonista de una película de propaganda nacionalista, a punto de iniciar una batalla de salvación heroica. A medida que remontamos el río hacia el destino final, lo que eran elucubraciones de mi fantasía iban concretándose en amenazas reales que asechan también a los marineros. De un momento a otro caí en cuenta que éste no es un viaje del marino francés Jacques Costeau o de la *National Geographic*. Estoy a bordo de un barco de guerra destinado a combatir el frente sur de la guerrilla en la frontera colombo-ecuatoriana. Los marineros se dirigen a los puestos de control en la cabecera del río y poco a poco, a medida que llegamos a nuestro destino, se van materializando los miedos, las angustias, los temores, las prepotencias que vienen navegando desde hace generaciones por estos lares. El Putumayo es aún una frontera donde la ley del más fuerte se impone sobre las leyes de papel. Así como Schultes, o Davis, todos los exploradores del río tarde o temprano cruzarán caminos con los ejércitos del Estado.

Por las noches, en mi camarote, tomo el libro de Davis y voy redescubriendo la historia que esa misma tarde las orillas del río me han mostrado en forma de cortinas infinitas de árboles y velos de papagayos. Desde las infamias de la bonanza del caucho a comienzos del siglo XX a manos de la Casa Arana, cuando se cometiera un silencioso y aterrador genocidio indígena, pasando por las historias de desencuentros culturales que lideraran las diferentes evangelizaciones del Instituto Lingüístico de Verano y los capuchinos, o la increíble y triste historia de las fronteras ecológicas vencidas por un impersonal y frío progreso. Son páginas que en ocasiones azuzan los miedos y te tiran en medio de una inhóspita selva, allí, en la vorágine oscuridad del afuera. Reales también son las historias de combate que me relata un infante de marina. Él había resistido los hostigamientos en El Magdalena Medio contra guerrillas o contra paramilitares. Igual daba, la muerte sin color ya se había fijado en sus pupilas. En estas y otras historias, Schultes es una de las piezas más románticas. Como funcionario de la oficina americana para un nuevo plan de cultivo del caucho, buscó y contó árboles de siringa y juansoco; En los tiempos libres de su función oficial, como etno-botánico, fue tras las recetas y los taxones mágicos de rituales indígenas hasta el momento desconocidos.

Lentamente, en la desembocadura de algún río tributario, leo cómo Richard Evans Schultes había permanecido alrededor de dos meses realizando estadísticas acerca de la cantidad de árboles de *hevea brasiliensis*, herborizando y temblando de fiebre, recolectando taxones de plantas desconocidas para el lenguaje de la botánica occidental, pero que para el chamán tradicional constituían un ingrediente fundamental de supervivencia y comunicación. Leyendo sobre su vida, aceptamos la cultura no como objeto de conquista, sino de aprendizaje infinito, “las ideas de un pueblo que no distinguía entre lo sobrenatural y lo pragmático, hasta que el desagradable barniz de la cultura occidental introduce la codicia, la imposición y la explotación, que tan a menudo van a la par de costumbres extrañas para estos hombres de la selva, conservan esas características que las sociedades civilizadas modernas sólo pueden envidiar”. La suerte de las hierbas mágicas está aquí por todos lados.

En el puerto de El Encanto, estuve al interior de una maloca Bora (la gran habitación comunal indígena). No había ningún espectáculo. Las reuniones del mambeo, o las ceremonias alucinógenas del Yagé, se aparecieron allí como eco de descripciones literarias. Vi un viejo árbol de caucho, olí un fruto de cacao, me enseñaron las hojas de la planta contra las fiebres y los mareos, probé el ambil fuerte concentrado de tabaco para pasar las horas, y disfrute del neutro sabor del casabe que aún hoy permanece en mi boca. Fui regalado con una piña de la que más tarde dieron pronto beneficio las muelas de la tripulación.

Por las tardes, desde el techo de la embarcación, ejercí romanticismo con pincel, caja de oleos y pequeños lienzos con los que manejaba las nubes del cielo, reflejos del río, líneas de árboles lejanos y, de paso, juicios sobre el ejercicio de la pintura. Una tarde, al pasar frente al lugar de “las Barranquillas”, la patrullera fluvial ARC 611 mermó su curso y el personal se alistó para un ejercicio de polígono. Se cargaron las ametralladoras SS, los Galil, las punto cincuenta. Todos los marineros dispararon sus fierros contra el agua del río. Desde estribor, estuve filmando los estallidos, los “splash” de las balas en el espejo del agua. Después de eso, todos mis paisajes domingueros al óleo quedaron lavados con esas líneas de balas sobre el agua que pintaba.

Mi travesía terminó en Puerto Leguizamo. Allí se conserva aún la carcasa del antiguo destructor destinado a defender intereses nacionalistas en el conflicto de 1932 contra el Perú. Una especie de oxidada emoción nostálgica me invadió al caminar sobre la cubierta de ese viejo buque que había acogido a Richard Evans Schultes a modo de hotel de lujo, tras alguna de sus travesías alucinógenas botánicas. Me embarqué en un avión Hércules de regreso a casa, junto con soldados de licencia de la patrulla “Cobra”. Durante el arrullador viaje al lado de descomunales hélices de conquista, repasaba mentalmente los aromas de la selva y los ecos de las románticas gestas botánicas, esas crónicas de los viajeros de El Río. Mi colección de plantas quedaba con algunos taxones de látex “made in China” y que tras vertiginosos caminos había recolectado en los comercios de la selva amazónica. Poco a poco, a medida que iba ascendiendo sobre las montañas y las nubes hacia teléfonos, citas, horarios, compromisos bogotanos, me fui repitiendo las palabras de Schultes que acababa de leer: “En el Amazonas, el tiempo no significa nada”.

RESEÑA BIOGRAFICA

Alberto Baraya, Bogotá 1968.

Alberto Baraya es artista bogotano egresado de la facultad de artes de la Universidad Nacional de Colombia. Ha trabajado varias obras en el campo de la fotografía, el video, la escultura y las apropiaciones para diversas instalaciones. Sus obras realizan cuestionamientos alrededor de la noción de viaje, el turismo, las identidades nacionales y los museos como discursos de reivindicación cultural. Algunos de sus proyectos han funcionado como intervención en diferentes espacios cotidianos con impresiones de hojas de libros inexistentes o la elaboración de mapas turísticos falsos, queriendo señalar con ello, la estructura de los mecanismos de legitimación de la cultura. Sus proyectos han querido proponer una reflexión en torno a la noción de “exotismo” como clave para la lectura de la identidad de los ciudadanos de las naciones post-coloniales. Su más significativo proyecto, el herbario de plantas artificiales, es una propuesta cuestionadora del paradigma científico, y de nuestra identidad. Consiste en una gran colección, a la manera de las expediciones botánicas, con cientos de ejemplares de plantas, pero no naturales, sino falsas, de las hechas en plástico y tela. Estas han sido recogidas y fotografiadas en diferentes expediciones alrededor del mundo. Esta colección da lugar a la elaboración de láminas pseudobotánicas y a un extenso proyecto documental sobre el uso de las plantas plásticas en el mundo actual. El proyecto es a su vez una reflexión sobre la clasificación de nuestros actos estéticos cotidianos y, además, ha sido considerado como desencadenante de diversas consideraciones ecológicas. Así sucede con el proyecto Árbol de caucho (Latex tree Project, 2006) donde se propuso para el herbario “un árbol de caucho hecho en caucho”; tomar la huella de un árbol, con el látex de su propia savia, recordando la terrible historia de la explotación amazónica de este producto natural. Río, el video del viajero que nos ofrece una súbita y conmovedora revisión de la contemplación romántica de la naturaleza, coincide en reiterar de manera sorprendente las violentas afectaciones de nuestra sociedad bajo el símbolo de un paisaje tropical. En Testigos Inhábiles, (2007) un video realizado con el artista mexicano Jonathan Hernández, una zoología del exceso es vista como el fruto de los diferentes ejercicios del poder fáctico coincidentes en México y Colombia. Recientemente en “La fábula de los Pájaros” (2011), la documentación fotográfica de una colección biológica de ornitología, se juxtapone en instalaciones básicas, a la presencia de taxidermias en urnas de cristal (animales disecados y naturalizados); una verdad científica por excelencia (los restos de pieles y plumas de animales preservados en colecciones de historia natural), enfrentados con las formulaciones idealistas de un micro paraíso tropical eterno. (Aves disecadas y recompuestas con alambres y ojos de cristal para semejar el estado de las mismas cuando vivían, en dioramas o escenarios falsos, muy coquetos, románticos, idílicos). En otra ocasión, esta verdad científica biológica de las fotografías de pájaros muertos, ha escenificado y reemplazado el programa iconológico de la utopía religiosa, en el altar Mayor de la capilla de San Vicente de Paul.

(Cuenca, 2011).
Ana Paris 2012.

